

# Pornoterrorismo



Diana J. Torres

# PORNOTERRORISMO



*Portada y diseño colección:* Esteban Montorio  
*Fotografía portada:* Chiara Schiavon

*Edición:*

Editorial Txalaparta s.l.  
San Isidro 35-1A  
Código Postal 78  
31300 Tafalla  
NAFARROA  
Tfno. 948 703934  
Fax 948 704072  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com  
*Primera edición de Txalaparta*  
Tafalla, febrero de 2011



COMMONS DEED

Reconocimiento-no comercial-sin obra  
derivada 3.0 España

Licencia completa en:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>

© Txalaparta para la presente edición

*Realización gráfica*  
nabarrera.com  
*Impresión*  
Gráficas Lizarra

I.S.B.N.  
978-84-8136-609-9  
Depósito legal  
NA-574-2011



A mi ovario poliquístico,  
por las gracias y las desgracias.

## PRÓLOGO

por Helen Torres<sup>1</sup>

UN CUERPO DESNUDO. Una cresta que deja al descubierto los *tatoos άλγος* (dolor) y *ηδονή* (placer) a izquierda y derecha del cráneo. En el brazo se lee: «Muerte a la pereza». A veces de la frente brotan agujas que luego dejarán un rastro de sangre sobre los ojos, como lágrimas caídas del córtex.

Se mueve por el escenario como si estuviera en el *living* de su casa. Invita a una colega a subir. Gentilmente, le pide que introduzca la mano en su vagina, que adentro hay premio. Después de rebuscar un rato, la asistente saca un condón. La pornoterrorista lo coge, lo rompe con los dientes y de él extrae un papel arrugado. Lo estira. Es el poema “Mi vagina”, que recitará mientras la ayudanta le hace un *fisting* vaginal. Con la última estrofa llega el orgasmo que provocará una corrida estilo géiser que salpicará las primeras filas de un público estupefacto.

Luego coge un salchichón de unos cincuenta centímetros, le enfunda un preservativo y lo introduce en su siempre

---

1.- Helen Torres es escritora (*Autopsia de una langosta*, Melusina, Barcelona, 2011), investigadora y perra feminista. Desde hace años escribe en un blog con el seudónimo bien merecido de "La Zorra Suprema" (<http://helenlaforesta.blogspot.com>).

lubricada vagina. Unos treinta centímetros quedan colgando de entre sus piernas. Luego, otra asistente, vestida únicamente con un arnés de cuero negro, se pone delante suyo a cuatro patas. La pornoterrorista le introduce el otro extremo del salchichón por la vagina y comienza a bombear, suave al principio, hasta alcanzar un ritmo cada vez más frenético. Detrás, una pantalla sobre la que se suceden imágenes de carnicerías humanas y animales. Brazos mutilados. Vientres abiertos. Autopsias. Cabezas de cerdo. De fondo se oye el «Manifiesto Carnívoro»: «¿Cuál es la diferencia que hay entre la cabeza de un cerdo y la de una persona? La del cerdo vale cinco con cincuenta en la casquería, la de una persona no vale nada». Asistente y pornoterrorista se corren casi al unísono lanzando gemidos que interfieren con la voz *en off*. Se quitan el salchichón, lo desenfundan, lo cortan en gruesas rodajas y lo reparten entre el público, que se lo come sin rechistar. Bienvenidas y bienvenidos al pornoterrorismo.

Si hay algo que las performances de Diana J. Torres no provocan es indiferencia. Alguna gente siente violencia, otra asco. Ella les diría: «También da asco la violencia del telediario y te la tragas con la cena, Julita».

Cada vez que la veo actuar emprendo un viaje que comienza en carcajadas y acaba en una irrefrenable inspiración para montar una orgía dantesca. El pornoterrorismo me pone. Y mucho. Porque me pone aquello capaz de demostrar a la opresión que no se le tiene miedo. Diana nos despierta y nos da los buenos días al grito de: «Estoy viva ¡y tú también! ¡Demostrémoslo y a joderse!».

Si viviéramos en Nueva York a finales de los sesenta, Diana sería parte de los *Motherfuckers*<sup>2</sup>, aquel grupo de afini-

---

2.- Up Against the Wall Motherfuckers (UAW/MF) fue un grupo de afinidad anarquista con base en el Lower East Side de Nueva York creado en 1966 por el pintor Ben Morea y el poeta Dan Georgakas. Venían del grupo Black Mask que realizaba acciones contra el arte burgués, la guerra y el capital. Ver: *Black Mask & Up Against the Wall Motherfucker: The Incomplete Works of Ron Hahne, Ben Morea, and the Black Mask Group*, PM Press (2011).

dad anarquista que luchaba por hacer del arte revolucionario una parte integral de la vida. Pero en la Karcelona de esta primera década del siglo veintiuno no hay agrupación política que contemple la posibilidad del pornoterrorismo como parte de su programa. Demasiado revolucionario.

Los *Motherfuckers* dijeron: «La Revolución es la Sexualidad pisoteando la civilización». El pornoterrorismo es el engendro de esa revolución. Y la lleva a cabo con las herramientas más básicas y actuales: el cuerpo, los cuerpos, vivos y asesinados, humanos y animales; la carne como fuente de goce y barbarie; los fluidos como lluvia contaminadora de normalidad. «Mi piel, mi carne, mi sangre, mi templo. / Donde oran las profanas, las desahuciadas de la fe, las perversas y las anormales», dice Diana en su poema “Transfrontera”.

En este espacio inhóspito que es la metrópolis apocalíptica soñada por la ciencia ficción, en el que arte y política son dos mapas del mismo territorio y la creación nace estéril sin siquiera rasgar el himen de la normalidad, la única forma de sobrevivir a la violencia es apelar al placer más visceral. «Mi cuerpo, mi cuerpo, MI CUERPO / ¡Donde yo mando, cabrones!».

Pero, ¿qué es el pornoterrorismo? Hace unos meses apareció por la red un manifiesto anónimo que intentaba condensar sus principios básicos. Pero no lo consiguió: no se puede apresar un puño rabioso en una octavilla. La única posibilidad de atraparlo es metiéndoselo en el coño. Y gozándolo.

Diana lo define así:

«¿¿Acaso hay fusión más hermosa que la de las palabras “porno” y “terrorismo”??

La erótica del terror, un terreno sin investigar que se abre como un cadáver listo para la autopsia. Del mismo modo que los funerales me dan risa, la imagen de un bello cadáver, en ocasiones, hace que se me mojen las bragas. La primera sensación es que nunca se podrá superar lo vergonzoso de la situación, la humillación impuesta por la sociedad cuando algo políticamente incorrecto nos seduce. Pero se supera, ¡oh, sí!, se supera con la primera paja, con el primer acto de culto al terror. Es la única forma de vencerlo, dejándose seducir por él, siendo su tierna amiguita».

El pornoterrorismo es acción y concepto. Las acciones requieren de la experiencia para empoderarnos, mientras que los conceptos proyectan su significado en el tiempo abriendo la posibilidad de que, en algún momento, se cuestione su aplicación, pervirtiéndolo o desplazándolo a otro contexto. Y allí reside su potencial.

A veces, los conceptos nacen de la necesidad de imponer unas normas. En este caso, al principio se circunscriben a un ámbito determinado. Con el tiempo se afianzan hasta diluirse en lo cotidiano.

Tomemos el ejemplo de la higiene. Lavarse los dientes, no comer cerdo, evitar el sexo anal, son costumbres nacidas como normas de higiene para unas poblaciones en un momento histórico determinado. Pero a fuerza de repetirlas miles de veces de generación en generación, acaban imponiéndose como parte de la cotidianeidad. Así, son repetidas sin reflexión ni crítica, asumidas como normas inflexiblemente necesarias. «Es normal», decimos.

Pero si por curiosidad o aburrimiento abrimos un libro de Foucault, descubrimos con estupefacción que la higiene es una de las prácticas del concepto de biopolítica, especie de política gubernamental sobre el cuerpo que busca “racionalizar” la vida de las personas. Nos damos cuenta entonces de que la biopolítica gestiona nuestros cuerpos, nos dice cuándo morir y cómo vivir, cómo gozar y cómo sufrir, organizando nuestras vidas como valores en bolsa. Hasta aquí la lectura de Foucault. Pero cuando nos lavamos los dientes, damos la mano, comemos ternera o nos duchamos, no pensamos que estamos practicando obediencia civil (a no ser que tengamos menos de 18 años o seamos fans de Foucault). Lo hacemos sin más, porque «siempre ha sido así».

La buena noticia es que la creación de un concepto y su encarnación en acción también puede llegar a cambiar normas, descontextualizar hábitos, inventar rituales heréticos y hacernos actuar sin dar explicaciones. Entonces es cuando se



reinventa la acción, consiguiéndose lo que la filosofía llama resignificación. Ahí es cuando el concepto estalla abriendo posibilidades que cuestionan lo «normal», dislocando criterios indiscutidos, revolucionando el aire que respiramos y moviendo el suelo que nos sostiene. Aterroriza. ¿A que sí? Y si ese terror va de la mano del sexo, la guerra caliente está servida.

Las performances, acciones callejeras y escritos que Diana J. Torres ha calificado como pornoterrorismo son una implosión de placer y dolor, arte y política, insulto y llamada a la acción, pereza y violento despertar. En un mundo en donde lo único que nos conmueve son imágenes recortadas de tragedias distantes, la pornoterrorista viene a alterar nuestra percepción de la pornografía y el terror. Bajo la lluvia de promesas de Apocalipsis y desastres planetarios, al azote de imágenes engullidas por masas bulímicas y estreñidas, la pornoterrorista ha escogido la producción de incomodidad. Aléjate del sofá que vengo a mojarlo con mi placer incorruptible.

Frente a una pornografía en la que difícilmente veremos un *fisting* vaginal, la pornoterrorista escoge para cada una de sus perfos un puño lubricado que hace introducir en su chorreante agujero hasta llegar al clímax y despertarnos a una realidad: las mujeres se corren, y a borbotones. Frente a un régimen farcamopornográfico que nos interpela con la misma velocidad con la que reprime nuestra capacidad de expresión, la pornoterrorista chorrea sangre sobre discursos uniformadores y vomita sobre el inquisidor silencio impuesto a los cuerpos.

Y no lo hace con delicadeza. Utiliza las armas que tiene a su alrededor. En un foro virtual respondió a una reprimenda sobre sus airadas respuestas: «Tengo la lengua sucia, llena de mierda, y estoy bien orgullosa de poder utilizarla sin vergüenza, porque considero que el lenguaje obsceno o soez no solo es más potente y comunicativo que las palabras “normales/normativas” sino que además transgrede una ley, una de las peores, la de lo “adecuado” y lo “comedido”».

El pornoterrorismo nos recuerda nuestra carnalidad, nuestra animalidad, nuestra brutalidad y, sobre todo, nuestra sexualidad, nuestro deseo. Más aún: nos dice que todo eso que creemos nuestro es territorio colonizado, y que es nuestra responsabilidad expulsar al enemigo invasor. Nadie vendrá a salvarnos. El pornoterrorismo tampoco. Pero «que se atreva el tiempo duro / a desafiar el infinito / de una vagina y un buen gel», clamaría Diana desde el escenario, recordando a Neruda.

Quizás por su rabiosa actualidad, una lectura a los parámetros del DSM-IV<sup>3</sup> nos diría que Diana es una trastornada mental. Cumple muchos de los comportamientos considerados como un desorden medicalizable: eyaculación precoz, exhibicionismo, masoquismo, sadismo, hipersexualidad... Lo que nos demuestra que el sexo es cosa seria, los cuerpos materia inflamable y el deseo, combustible de lanzallamas.

Cuando Diana se decidió a publicar este libro, casi le obligué a preguntar al I Ching cómo se recibiría su publicación. La respuesta fue *Ko*, «La Revolución».

La Historia nos ha demostrado que la revolución es algo más que barricadas ardientes, encarcelamientos masivos y hordas enfurecidas. En estos tiempos que nos corren, no hay otra posibilidad de cambio radical que las pequeñas acciones que cumplan con el principio de la teoría del caos. Y si el aleteo de una mariposa puede provocar un tsunami al otro lado del mundo, me regocijo de placer y esperanza de pensar lo que puede ocasionar una corrida colectiva sobre los escenarios del mundo.

---

3.- Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales de la American Psychiatric Association utilizado por la mayoría de profesionales de la psiquiatría y la psicología clínica.

LOS CAMINOS DE LA TRANSGRESIÓN  
SON INESCRUTABLES

«Bienaventurados los pobres  
de espíritu, porque de ellos  
es el reino de los cielos».

MATEO: 5, 3

ME HE PASADO LA VIDA ENTERA preguntándome «¿pero qué mierda es todo esto?». A los veinticinco empecé a comprender (o sospechar) el mecanismo y, ahora que ya sé de qué va, lo único que quiero es destruirlo. No sé cómo hacerlo, no he estudiado política, ni sociología, ni antropología, ni historia, ni filosofía. No he estudiado el origen de toda esta mierda, ni su sistema de organización. No he estudiado. Vengo limpia con mi rabia y mi dolor y mi entrepierna incendiaria (no tan limpia), que no tiene renglones donde escribirse salvo estas líneas ya corruptas por miles de literaturas, de microtraumas, de fiebres orgiásticas, de múltiples venenos.

Si en teoría la única destrucción efectiva es la desaparición absoluta de las cosas que queremos destruir, la destrucción efectiva entonces no existe. De modo que no persigo algo tan apocalíptico sino solo un humilde intento de carcoma, de ligero sabotaje, algo mínimo que comience sutilmente como una pequeña revolución de papel, el poder de la palabra en las puntas de los dedos golpeando a ritmo de teclado en estas tinieblas donde se esconden agazapados deseos que

habrían de ser nuestros, estimulables y perfectos en su forma a pesar de hallarse rodeados de crueles carceleros.

A mí me ocurrió como a Cernuda: «Terminó la niñez y caí en el mundo»<sup>4</sup>. No entré en él de forma apacible ni progresiva. Me precipité desde muy alto y me rompí muchas cosas. Nunca me he roto un hueso pero la radiografía de mi alma mostraría muchas fisuras. Incluso hay pedazos de mí que nunca llegaré a recuperar, la caída se encargó de pulverizarlos: mi pureza, mi inocencia, mi amor desmesurado al prójimo, mi generosidad indiscriminada. Mi interior es un jarrón roto que he pegado torpemente equivocando algunos fragmentos. Un jarrón feo, pero más sólido que su original.

Me siento como David frente a un Goliath desmesurado. Solo una intuición leve y precaria me enseña los puntos débiles de la bestia. No hace falta ser muy sabia, es fácil darse cuenta de ello cuando una es un insecto molesto para esta sociedad, cuando se es un incordio y la primera amonestación por ello se presenta como una advertencia casi infantil. Guardo dentro de mi memoria una larga lista de ese tipo de advertencias en las que se me dice que no voy por el buen camino, que no tengo futuro, que así solo estoy abocada al fracaso... Me acuerdo de una película que vi cuando tenía cinco años, *Labyrinth*. En ella, la *teenager* Jenifer Conelly ha de superar el laberinto que le plantea un malvado David Bowie para recuperar a su hermanito. Hay una escena que no se me olvidará jamás. Sarah está en una cueva rodeada de rocas parlantes que le indican con graves voces que ese camino que está tomando no es el correcto, que solo le conduce a la perdición, a los horrores más horrosos. Pero Sarah sabe que las rocas mienten porque va acompañada por un habitante del laberinto. Las rocas se excusan diciendo «solo hace-

---

4.- Del poema en prosa "Escrito en el agua", en Cernuda, L.: *Ocnos*, Signos, Barcelona, 2002.

mos nuestro trabajo». Desde ese momento siempre he creído que quien te dice que no vas por el buen camino miente. Miente para que pierdas la partida, para que vayas por donde quiere que vayas, para que tomes, en definitiva, su camino, el que toma el resto del rebaño, en cualquier caso, no el tuyo propio. Efectivamente muchos están «haciendo su trabajo», que es básicamente el de pastoreo, el de intentar que las ovejas no se salgan del redil, tratar de que haya los mínimos obstáculos posibles. Un trabajo ruin (los hay peores), pero como cualquier otro.

Las advertencias que he ido recibiendo a lo largo del camino son de esta índole: rocas parlantes que hacen su trabajo, que consiste básicamente en que yo me convierta en una mujer de bien, en una trabajadora modélica, en una madre y esposa perfecta, en una pieza funcional del engranaje social. Profesorxs, vecinxs, totales desconocidxs<sup>5</sup>, agentes de la ley, jueces y juezas, un sinfín de personas diciéndome que cambie mi vida para convertirme en alguien aceptable. ¿Sabéis qué? Iros todxs a tomar por el culo.

No pretendo elaborar otro discurso teórico sobre sexualidad, ya hay demasiadas personas escribiendo sobre cosas que para ellxs son solo ideas, conceptos, cosas que no laten o no chorrean. Yo hablo de mi experiencia, de la práctica que he llevado a cabo desde que se despertó mi coño y un universo maravilloso se abrió ante mí. Una práctica que no se yergue sobre ninguna teoría definida sino que más bien responde a

---

5.- He sacrificado un poco la comodidad de lectura de mi texto (igualmente la incomodidad provocada es únicamente para las primeras páginas, luego la mente se acostumbra) en pro de que las palabras reflejen mejor lo que trato de decir con ellas. Así, en algunos sustantivos, adjetivos y artículos encontraréis una «x» en lugar de la marca de género, porque me niego rotundamente a utilizar el masculino genérico y porque considero que el lenguaje es de quienes lo usan y no de los académicos que lo clasifican, lo llenan de restricciones y lo limitan (prueba contundente de ello es que ya no hablamos latín). A veces generalizo en masculino o femenino pero solo para cagarme en ellos o ellas con más concreción.

un impulso compuesto por el deseo y la imaginación. Me siento rara cuando alguien teoriza sobre las prácticas que realizo, un insecto en la mesa del entomólogo, listo para la vivisección. Porque yo la primera vez que me metí un objeto en la vagina o que imaginé que tenía pene solo estaba pensando en el error que suponía que nuestro cuerpo no pudiera expandirse en función de lo que nuestro cerebro imaginaba. Nunca he sido buena con las teorías que hablan de sexualidad, por mucho que pueda identificarse la mía propia con la relatada. Mi sexualidad es algo que nace en un lugar donde no habitan palabras, donde no puede explicarse todo, donde no es necesario explicar, de hecho, nada.

Lo que sucede es que una va creciendo y va dándose cuenta de que a pesar de pertenecer a la misma especie que toda esta gente que hay ahí fuera en el mundo, puede haber diferencias irreconciliables entre unas personas y otras y, lo peor de todo, puede haber diferencias marginadas, reprimidas, perseguidas, estigmatizadas. Desde el principio mi sexualidad fue marcada con esa clase de diferencia proscrita. Es entonces cuando surge la necesidad de hablar sobre ella, de explicarla, e incluso se origina un empeño exhibicionista que funciona como respuesta al intento mayoritario de ocultar o relegar al plano de lo enfermo una diferencia que traspasa las fronteras de lo normativo. Y ¿para qué contarla? Pues supongo yo que para legitimarla, para devolverle una voz que le fue arrebatada por convencionalismos que en realidad poco o nada tienen que ver con el ámbito sexual, o quizás solo para tocar las narices, cosa que hago ya no sé si por placer o por necesidad.

Mi sexo no se autocensura, eso siempre viene desde fuera. Son los ojos de lxs demás los que me juzgan no apta o incluso peligrosa, no los de mis amantes.

Y ante esa censura mi almeja se abre como una criatura de las profundidades, monstruosa, mastodóntica, terrorífica. Les doy motivos para temer. Es la respuesta instintiva de un

animal al que se ataca. Mi respuesta no podía ser de otra forma, la experiencia me ha enseñado a anteponer mi animalidad a mi humanidad, porque en el fondo odio profundamente a la especie humana y sus normas, sus estrategias, su estructura. Que mi sexualidad sea transgresora no es algo que yo haya elegido en un principio, pero ya que tiene que ser así y no hay más vueltas, por lo menos quiero ser dueña de mi gran delito, imprimir en ello el toque de mi voluntad, usarlo como arma y como guía. Porque cuando la sociedad te coloca una etiqueta nunca te pide tu permiso o tu opinión para hacerlo, se trata de un afán clasificatorio, esa urgencia tan típica por ponerle nombre a todo.

Así, yo me llamo marimacho, bollera, desviada, pervertida, delincuente, blasfema, fea, enferma. Sería una pérdida de tiempo absoluta intentar luchar contra esa práctica tan extendida de etiquetar (yo misma la llevo a cabo muchas veces sin darme cuenta) y tampoco sería de recibo conformarse sin más. Por eso yo me erijo en todo lo que dicen que soy para serlo con razón, para serlo más y mejor cada día, para construir con todo ello esta identidad bastarda hija de mil pecados que finalmente es lo que me hace ser quién soy y lo que me acerca a otrxs monstruxs para establecer alianzas.

Transgresión, transgredir... «Quebrantar, violar un precepto, ley o estatuto»<sup>6</sup>. La primera vez que transgredí algo era muy pequeña. En general, lxs niñxs son grandes transgresorxs, tratan de hacer lo que les viene en gana, lo instintivo, y la acción y el pensamiento espontáneos por lo general siempre quebrantan alguna ley, se saltan alguna norma, no están sujetos a las racionalidades adultas, no adulteran.

Como mucho tendría tres años cuando una tarde, en la terraza del Pepe's, un lugar al que mis padres solían ir a tomar cañitas con sus colegas, una amiga de estos que estaba emba-

---

6.- Diccionario *on-line* de la Real Academia de la Lengua Española: [www.rae.es](http://www.rae.es)

razada me preguntó, al ver que yo miraba curiosa su bombo, que qué hacía yo cuando estaba en la tripa de mi mamá. Pregunta absurda, de esas que se hacen a lxs niñxs para dejarlxs a cuadros, obtener de ellxs una respuesta de la que poder reírse o simplemente porque sabes que no te juzgarán por preguntar imbecilidades. Si eres idiota y quieres mantener una conversación sin tener que sentirte avergonzadx de tu propia idiotez, eliges a un ser «inferior» como interlocutor. A veces las personas adultas somos así de inocentes.

Pero la respuesta que le di («sacaba la mano por el chichi de mamá y hablaba con mi abuela por teléfono») no encajaba en ninguna de sus expectativas así que recibí entonces mi primera etiqueta: «esta niña está loca». En realidad era la respuesta que se merecía y quizás su reacción (recomendar a mis padres que me llevaran a un psicólogo) fue tan solo fruto de sentirse humillada por alguien tan pequeño, porque el resto de la mesa no pudo evitar la carcajada, incluida yo, que reía más que nada por empatía, ya que aquella «barbaridad» la había soltado totalmente en serio. Por supuesto no recuerdo nada de todo aquello, pero como mis padres se dedicaron a contar orgullosos la anécdota una y otra vez hasta la saciedad, al final la he acabado convirtiendo en un recuerdo artificial, de esos que te implantan las fotos o las palabras.

De estas transgresiones infantiles hubo muchas, y fueron acrecentando su número a medida que mi interacción con el medio iba siendo mayor. Porque en mi casa nada estaba prohibido, nada era malo, nada era caca, nunca me pegaban y apenas me castigaban, no hacía falta, sabía escuchar. No me decían cómo hacer las cosas o cómo no hacerlas, tan solo me enseñaban lo que sabían del mundo pero, obviamente, de una forma muy naif, sin contarme lo chungo, sin apabullarme con desgracias. Así crecí pensando que el mundo era un lugar genial, de ahí que luego el batacazo fuera mayúsculo. Porque el mundo es una puta mierda. Ellos lo hicieron a sabiendas de la realidad, pero su optimismo supongo que



albergaba la esperanza de que las cosas iban a cambiar para mejor, que las guerras se acabarían, que los fascistas dejarían de existir, que el amor era poderoso y que el mundo que yo iba a heredar iba a ser mejor que el que ellxs heredaron. Esa era la visión del mundo que me entregaron.

Otra «peque-transgresión». Y esta la recuerdo de forma directa quizás porque yo era algo mayor (unos cinco años) o porque de algún modo resultó algo traumático. En verano íbamos a Benidorm, donde mi abuela tenía una casita en primera línea de playa (que compró cuando aquello era tan solo un pueblo y no el monstruo en el que se ha convertido). Me gustaba la playa como a toda urbanita acostumbrada al asfalto y a jugar en parques artificiales donde nunca se ve el horizonte. Generalmente no necesitaba interactuar con lxs otrxs niñxs, también me gustaba jugar sola, ser hija única me habituó a ello. Pero observaba mucho a lxs demás, no se podría decir que lxs estudiase pero sí que mi forma de mirarlxes iba mucho más allá de la simple curiosidad infantil. Un día un niño de mi edad comenzó a masturbarse a apenas unos metros de donde yo estaba. Se había bajado el bañador (yo casi siempre estaba desnuda en la playa), sentado como un indio y tocaba su micro pollita empalmada. Me llamó mucho la atención su cautela porque cuando yo me masturbaba o me tocaba no tomaba ningún tipo de precauciones. Repito: en mi casa estas cosas no estaban prohibidas. Pero ese niño estaba asustado, su cara era una mezcla de miedo y excitación (he visto después tantas veces esa cara en adultxs...) y en algún momento nuestras miradas se encontraron. Él, que estaba colocado de cara al mar se giró para ponerse hacia mí, en un arranque exhibicionista. Debí interpretar aquella interacción como una invitación porque yo también empecé a tocarme. Estábamos como a cuatro o cinco metros el uno del otro, no necesitábamos acercarnos más, nuestro juego era perfecto así. Hasta que llegó la que supongo que sería su madre para irrumpir de forma abrupta en la trayectoria de nuestras miradas. Le dio

dos hostias que a mí me parecieron brutales y le ladró cuatro burracadas acerca de lo que podía sucederle si seguía haciendo esas cosas. Él comenzó a llorar de inmediato y sin retirar su mirada de la mía, desapareció entre la muchedumbre playera arrastrado por aquel monstruo que lo condujo por el brazo hasta la sombrilla colindante con la de mis padres.

Entonces comprendí su miedo, su cautela a la hora de quitarse el bañador: su madre era un auténtico ogro despiadado. Yo continué a lo mío, o sea, seguí tocándome hasta que me dio la gana y luego regresé a la toalla. Allí la mamá psicópata le dijo a mi madre (o a mi padre, la verdad es que esto no lo recuerdo) que cómo me permitían hacer esas cosas así en la playa, que había provocado a su hijo, que aquello no era normal. Recuerdo su cara encendida de ira, el nene llorando sin parar ya no me miraba, no se atrevía a hacerlo. Seguramente ahora estará violando mujeres o machacándosela con la foto del Papa.

Lo que la señora pretendía dar a entender a lxs responsables de mi educación es que yo era un putón (segunda etiqueta, después de la de loca), aunque esto lo deduje mucho más tarde. En aquel momento solo comprendí que esa señora no estaba en sus cabales y que lo que había hecho con su hijo estaba muy mal. Tampoco sé si hubo una respuesta por parte de mi padre y de mi madre, si la hubiera habido por seguro hubiera sido algo así como «el maltrato físico es algo mucho más abominable que la masturbación», pero ninguno de ellos es propenso a ir por la vida aleccionando a nadie así que supongo que su respuesta a ese tipo de situaciones, que sin duda se repitieron porque yo me tocaba cuando y donde quería, hubo de ser por regla general la indiferencia.

Mis padres contestaban a mis inquietudes con una sinceridad asombrosa. Tenían la certeza de que mentirme solo me conduciría a la decepción. Pero la excelente educación que recibí de niña se volvió en mi contra cuando, como decía antes, caí en el mundo; hizo que la distancia entre yo y los

demás, ese mundo al que se supone que yo debía incorporarme, fuera un abismo insalvable. Al llegar al colegio con casi cinco años ya me habían explicado lo de la reproducción, también que hacer el amor no estaba al servicio de la procreación aunque esto fuera una consecuencia posible de ello, sino que además lo hacía la gente por placer o por amor; me habían contado que la diferencia entre niños y niñas era simplemente una cuestión física que no debía por tanto sacarse de su contexto biológico, y muchas cosas más que podían resultar suficientemente incómodas como para dar la voz de alarma, ya no solo porque desbarataba las teorías bien aprendidas de muchos pedagogos sino porque «perturbaba» al resto de lxs niñxs.

Aunque en aquel entonces yo no era consciente de estar haciendo algo transgresor sí notaba que era tratada de una forma diferente. Por supuesto había profesorxs maravillosxs que estaban encantadxs con una niña como yo, que absorbía la información con una facilidad pasmosa. Otrxs, en cambio, rechazaban por completo aquellos métodos que mis padres habían empleado para educarme, porque era una niña muy difícil de manipular, de adoctrinar. Mi cole era laico, pero eso no impedía que mentes reaccionarias trabajaran en él. En todas partes tiene que haber mediocres que ambicionan un poder que no han podido obtener por otras vías más honestas, que necesitan imponer su propia idiosincrasia aunque sea a mocosxs de cinco años, frustrados de mierda, creyendo encima que les están convirtiendo en «personas de bien». Lo que digo: gente que hace su trabajo, están por todas partes. Maldita sea.

No obstante, la verdadera transgresión, que no fue un accidente sino del todo intencional, no llegó hasta la adolescencia.

Yo no me di cuenta de que me habían salido tetas y curvas hasta que me lo berrearón por la calle unos albañiles. La maravillosa experiencia de ser «piropeada» por un machirulo

ibérico puede ser inolvidable cuando te has criado en una casa donde la palabra respeto conforma uno de los pilares básicos de la comunicación. Quiero decir, yo no añadí a los cambios de mi cuerpo una importancia o atención extra hasta que la calle, la sociedad, el exterior, lo hicieron. Tener tetas no significaba solo tener tetas, era mucho más. Era: ahora eres follable, ahora ya eres (toma categoría) mujer, estás dentro del mercado sexual, pero no como mercader sino como mercancía.

La respuesta inmediata a aquella nueva etiqueta fue una asunción y afirmación rotundas pero, de nuevo, no era la mía la respuesta esperada. Ellxs esperaban que al convertirme en mujer me pusiera a la defensiva, me transformara en una señorita recatada, discreta y dispuesta a dejarme seducir no sin poner ciertas trabas para ello. Pero yo, cuando sin darle muchas vueltas (es tan básico) comprendí el poder de aquello que tenía entre las piernas lo primero que hice fue entregarme a un ejército de hombres a los que yo descaradamente seducía para llevármelos al catre y que intentaran otorgarme un orgasmo u otras compensaciones.

¿Qué es lo que se puede esperar de una jovencita de trece años? Como mínimo que conserve su himen intacto, ¿no? Pues bien, ni siquiera eso tenía yo, Nina Hagen me lo había quitado tres años atrás. Mi padre me regalaba música de lo más variopinta. La casete de Nina Hagen era una de mis preferidas, la ponía a toda leche y saltaba sobre la cama enloquecida mientras escuchaba su voz desgarrante. Uno de esos días de locura punk-rock de pijama, cogí sin pensármelo una pluma que me habían regalado, imitación de Montblanc, que tenía la forma perfecta para mis intenciones: redondeada, fina y larga. Me la metí en la vagina y cuando la fabulosa sensación y Nina me dieron una tregua observé que estaba sangrando un poco. No se trata de un recuerdo muy nítido, son de esos que se quedan incompletos hasta que una puede llegar a comprender la totalidad del acontecimiento, pero sí

recuerdo mi brutalidad inspirada por la música (sigue sucediéndome, quizás por eso este recuerdo permanece «bien regado»), y la sangre tiñendo el color azul celeste de la pluma y después chorreando por mi pierna. «¡La regla!», pensé, y fui corriendo a decírselo a mi madre. Mi madre, evidentemente, quedó pasmada: solo tenía diez años.

Cuando me llevó al pediatra, este me hizo unas preguntas algo retorcidas: «¿te ha tocado algún adulto ahí abajo?», a lo que yo respondí que no, que me había tocado yo. La duda del abuso quedó rápidamente despejada. Como yo no creía haber hecho nada malo, lo largué todo con pelos y señales. Mi madre tuvo un ataque de risa nerviosa y el doctor quedó algo asustado con aquellas dos chifladas. Al salir me dijo que no me metiera cosas sucias, que podría coger alguna infección, y ahí se terminó la conversación. Yo, mientras iba llegando el momento de las pollas, encontré otros materiales: salchichas, las cápsulas esas herméticas donde la gente guardaba el dinero para ir a la playa o la piscina (muy ochentero esto), e incluso, recuerdo, las mancuernas de las pesas de mi padre. También encontré más discos de Nina Hagen. Casi cualquier objeto podría servirme aunque no toda la música lo hiciera, Nina era la mejor para esa penetración salvaje que sirvió para eliminar de mi cuerpo todo vestigio de virginidad. Cuando lo reflexiono un poco se me hace totalmente surrealista que haya tantas mujeres en el mundo (una inmensa mayoría) preocupadas por una membranita que ni siquiera llegarán a ver, perdiendo incluso su dignidad, la de su familia, siendo asesinadas, atormentadas por un cacho de pellejo; y yo entregándole algo tan «sagrado» y «valioso» a una cantante punk y a un objeto inanimado...

Mi chochito ya inaugurado llegó hasta las primeras relaciones sexuales totalmente preparado para cualquier tipo de penetración y estas relaciones no tenían en apariencia nada de especial salvo porque yo iba de cama en cama sin enamoramientos ni demás parafernalias que suelen acompañar a

casi todas las experiencias adolescentes de esta índole. Es decir, la gran mayoría de mis amigas estaban a esa edad aterrizadas ante la idea de su primera relación, como mucho les habían metido mano un poco o se la habían mamado al noviete de turno, pero todas estaban enamoradas de alguien, esa era su forma de canalizar el calentón, supongo. Yo pronto descubrí que mis experiencias no solo no les interesaban sino que les resultaban asquerosas, carecían de la salvación del amor, de ese filtro que hacía del sexo una cosa honrosa y aceptable, así que cesé en mi empeño mesiánico de «mostrarles» el camino del placer, las dejé con su *Ragazza*<sup>7</sup> y sus amores platónicos, y me dediqué a lo mío, que era básicamente follar con cualquier bicho viviente que se me cruzara en el camino.

En tres años (de los trece a los dieciséis) me follé a un total de sesenta hombres. Lo sé con precisión porque los iba apuntando en una lista, donde además de sus nombres anotaba tres cosas básicas: teléfono, nivel económico y tamaño de la polla. En algunos casos añadía datos secundarios como la raza, porque los negros me ponían más cachonda que los demás y me follaban mejor en general. Lo del nivel económico era la segunda cosa más importante después de lo del tamaño de la polla (siempre me han gustado grandes, sobre todo cuando lo único que sabían hacer era meterla), y quizás aquí resida el germen de mi primera gran transgresión, la primera vez que, tomando plena conciencia de que lo que estaba haciendo «no estaba bien» y no era aceptado de ningún modo por mi sociedad, lo hice con alevosía.

Si una ha de ser calificada como puta por follar con quien se le antoja, y de eso no podía librarme, por lo menos quería beneficiarme del lado positivo de serlo: cobrar. Por supuesto no lo hacía con dinero, eran más bien una suerte de trueques

---

7.- Revista para chicas adolescentes que trataba de una forma bastante facha de «ayudarlas» a convertirse en mujercitas. La mejor sección era la de los test sobre sexo y el consultorio sexual.

no negociados en los que mi amante me invitaba a beber, cenar, me compraba cosas o me llevaba de viaje. El que no tenía pasta tenía que ser muy bueno jodiendo para que repitiera con él porque generalmente solo repetía con los que me regalaban cosas, con los que tenían algo que ofrecerme además de sus investidas pélvicas. Recuerdo con especial cariño a un francés, Alain, cuarentón y forrado. Le conocí en Benidorm, por donde solía pasarse con su barquito velero, que tenía habitualmente amarrado en Altea. Él era uno de los pocos amantes que conocía mi edad real. Cuando me di cuenta de que estaba obsesionado por las jovencitas de menos de dieciséis, le solté que yo en realidad tenía solo catorce y que le había mentado la primera noche cuando le dije que tenía más. Aquel dato adicional hizo que cayera rendido a mis pies: me llevaba en barco por la costa, comíamos langosta y caviar, me daba masajes deliciosos, me compraba ropa cara y joyas que yo revendía al instante. A cambio, lo único que yo debía hacer era tratarle como si fuera mi papá por el día y mi novio por la noche, lo cuál no era ninguna ardua labor porque era eyaculador precoz y un perfecto caballero. Lo de tratarle como si fuera mi padre creo que era una cuestión práctica: era un *lolitófilo* experimentado y no quería buscarse un marrón. Como padre e hija no dábamos la nota en las playas, el puerto o los restaurantes y las muestras de cariño que nos dábamos en público pasaban perfectamente como una limpia afectividad paternofilial porque a él le gustaba básicamente contemplarme y hablarme. Yo no hablaba casi, pero él me contaba su vida de principio a fin. Igual creo que además de su putita era su psicóloga, aunque no pudiera decirle qué hacer con una esposa que nunca le decía que lo amaba, unos hijos pijos y huecos que solo le daban dolores de cabeza o no pudiera ayudarle con la tristeza en la que se sumía cuando se acababa el verano.

Con esta historia me di cuenta de que no solo estaba transgrediendo la norma de que una jovencita no debe tener

sexo con cualquiera, que hay un proceso bien institucionalizado a seguir para ello que yo me estaba saltando a la torera descaradamente (flechazo-noviazgo-matrimonio); también estaba violando, junto con Alain, mi primera ley: las menores de edad no follan con adultos. En aquella relación yo tenía el poder total y absoluto, él no era más que una marioneta y yo manejaba los hilos, estaba completamente sometido a mi voluntad de niña perversa, pero por esa deplorable costumbre de pensar que lxs menores son idiotas, ningún juez hubiera visto las cosas en el modo en que yo las veía. Es una cuestión de infravalorar la inteligencia de las personas en función de un dato tan irrelevante como la fecha de su nacimiento. No es que Alain fuera tonto, no lo era en absoluto y tampoco pensaba que yo lo fuera, me hablaba de cine como nunca había hablado con sus hijos o su mujer (adoraba a Pasolini, claro). Pero si yo hubiese querido podría haberle arruinado la vida con tan solo una llamada denunciando el hipotético abuso, tenía pruebas de ello a patadas, y también podría haberle sobornado y sacarme un auténtico pastón con ello.

No lo hice. Nunca se me hubiera ocurrido reclamar el respaldo de esas leyes que yo ya por entonces tanto detestaba, hubiera sido como una traición a mí misma apoyarme en el enemigo para obtener provecho personal... Lo peor que puedes hacerle a tu enemigo es no necesitarle para nada. Esa era la ética que yo tenía a los catorce y que sigo teniendo aún. La demás, la ética ajena, al venir de forma impuesta, se convertía automáticamente en objeto de mis difamaciones. Una ética que era capaz de permitir que una cría por capricho metiera en la cárcel a un hombre honrado e inocente se me antojaba digna de violar, de pervertir, de maltratar, de no respetar bajo ninguna circunstancia.

Alain es un ejemplo claro de lo puta que yo era, pero en realidad de esa lista de sesenta hombres, con unos cuarenta mantuve una actitud similar: follaba y me daban cosas a cambio, además de sexo. De ese modo llegué a comprender que el



placer masculino vale más que el femenino. No importaba que yo también disfrutara de las relaciones (aunque otorgarme un orgasmo era solo privilegio de unos pocos, por una cuestión básica de falta de comunicación), si no había retribuciones «extra» ellos pensaban que a mí no me merecería la pena y yo empecé a pensarlo también, claro. Esto es como eso de que los españoles les cambiaban a los indios el oro por canicas de vidrio o imperdibles. Cuando vi que ellos tenían que hacer un esfuerzo paralelo para satisfacerme empecé a pensar que su sexo, a pesar de su extrema simplicidad, era la canica y mi chocho el oro y que aquel intercambio debía verse siempre recompensado con otras muchas cosas que nada tenían que ver con el sexo para que la cosa estuviera equilibrada. Durante una época tuve hasta la ridícula duda de que su orgasmo pudiera ser mil veces mejor que el mío.

De modo que todo ello me lleva ahora a la conclusión de que las trabajadoras sexuales subvierten el valor de los placeres masculinos y femeninos, convierten el intercambio en una cosa equitativa en base a las leyes y costumbres sociales, aunque sinceramente yo pienso que un hombre y una mujer están igualmente capacitados para disfrutar del sexo y que si en ello hay algún desequilibrio, será siempre por intereses políticos, sociales o religiosos. ¡Todxs tenemos el oro (o las canicas)!

En ese momento no me di cuenta de ello, pero de algún modo mi proyecto de «revancha» también los incluía a todos ellos y reconozco no haber sido del todo justa. Porque en muchas ocasiones yo solo deseaba sus cuerpos, no esperaba nada más que el placer de compartir un instante de sudor y pasión, solo tocarlos, comérmelos, metérmelos dentro. Pero tomaba ese contenido adicional que me entregaban casi todos como si realmente me lo mereciera cuando en realidad no solía ser así. Ellos también eran bellos, también tenían energía para gastársela conmigo, también tenían, supongo, sus propios sentimientos y motivaciones.

Al principio lo encontré excesivo: la galantería, las invitaciones, el derroche, el proceso de cortejo. Finalmente yo solo quería echar un polvo y cuantos menos preámbulos hubiera mejor, no necesitaba de lujos, ni siquiera de una cama donde hacerlo porque podía follar en cualquier parte. Terminé por acostumbrarme a su mecánica y a sacar el evidente provecho de ella. Lo hice así hasta que comprendí que no lo hacían por placer, que no formaba parte de sus gustos sino que para ellos era casi como una obligación educacional, un lugar por el que necesariamente habían de pasar para poder meterla en carne caliente. Recordé entonces al nene de la playa. A él la vida también estaba enseñándole que compartir sexo con una mujer no era algo tan sencillo como solo «compartir», que el precio a pagar por ello podía ser doloroso e injusto.

Y dejé de follar con hombres. Si esas eran las condiciones generales del contrato yo no pensaba continuar firmándolo con mis fluidos. Siempre he perseguido el equilibrio así que siguiendo las predicciones de mi padre y otros acontecimientos que yo interpreté como «señales», me adentré en el maravilloso mundo de follar con los espejos. Solo así y sin profundizar demasiado en el asunto, podía encontrar una equidad, un no deberle nada a nadie y que nadie me debiera nada por echar un polvo. Follar con mujeres se me hacía más igualitario, algo que no originaba deudas a nadie y, por supuesto, algo delicioso. Creo que entonces me di cuenta de por qué un cuerpo de mujer valía lo que valía: qué manjar un coño mojado en la boca, unas buenas tetas entre mis manos, una cintura estrecha a la que agarrarme para no caer...

Aquí llegó la siguiente transgresión, la más grave de todas hasta ese momento. Porque ser un putón desvergonzado solo implicaba transgredir el proceso establecido para poder acceder al sexo. Pero ser bollera implicaba una seria y grave exclusión de los hombres. El engranaje siendo putón se atrofiaba un poco y giraba en sentido contrario, siendo lesbiana, el engranaje directamente no funcionaba, le faltaba

una pieza. Aún no sé cuántas cosas pueden realizarse prescindiendo de la participación de los hombres sin ser tachada de loca o de enferma. Ahora mismo solo me viene a la cabeza ingresar en un convento.

Claro que el bollerío también tenía sus desagradables sorpresas preparadas y listas para mí. Reconozco haber tenido una suerte increíble con mis compañeras, porque el «ambiente» en Madrid realmente daba arcadas y de Barcelona mejor ni hablar... Era de esperar que no me gustara, es completamente irracional que personas que nada tienen que ver entre sí salvo sus preferencias sexuales se vean hacinadas en un barrio o en un local de copas o en una fiesta; al final acaban todas pareciéndose, pero no a la mejor de todas ellas sino a la más mamarracha. La música cuarentapincipalera, la falta de inquietudes, el paripé que se montaban para finalmente follar, parecían una pesadilla y reproducían conductas de las que pensé que me había librado dejando a los hombres atrás. En ocasiones tuve la impresión de que el rollo bollo copiaba solo las cosas malas de la heteronormatividad. El tinglado del cortejo era lo que más me tocaba las pelotas. No tenía sentido ninguno (y sigue sin tenerlo, aquí el pretérito es puro artificio) y estaba cabreada, así que también empecé a tener problemas en el círculo lésbico.

De Chueca me han echado de casi todos los locales y de Barcelona de la mitad: por quitarme la camiseta, por meterle mano a la amante de turno en medio de la pista, por drogarme en el baño, por bailar como una bestia cachonda, por quejarme por los precios de las consumiciones (el dinero rosa también me cabrea, de los coños que me como no salen doblones de oro), por gritar, todo ello por creerme el cuento de que allí, en el gueto, éramos más libres... Yo prefiero vivir en un mundo hostil antes que en una caja de zapatos llena de pétalos de rosa, la verdad.

Finalmente, todas ellas también me estaban obligando a ser una señorita recatada, a ser presentable. Una vez, la dueña

de un garito de la plaza de Chueca me increpó durante la mani del orgullo para que dejara de comportarme así (yo solo bailaba semidesnuda) porque por culpa de gente como yo «la sociedad nunca iba a tolerarnos». «¿Cómo? ¿Tolerarnos?», le dije, yo no quiero que nadie tenga que perdonarme la vida, solo quiero que me dejen vivir en paz, tolerancia no es lo que pido porque eso sería asumir que estamos haciendo algo que no deberíamos, algo por lo que deberíamos pedir permiso; solo pido que a quien no le guste lo que hago con mi vida, se pegue un tiro en la cabeza y me deje tranquila. No le escupí en la cara porque tenía la boca seca, pero sentí un profundo odio por todo lo que ella simbolizaba. Negociantas de mierda que se creen que por tener un bar (que en el fondo es lo único que les importa) pueden ir adoctrinando a la gente, semipoliticuchas que van de sociatas (porque son los que les bailan el agua) y luego son unas burguesas y unas nazis. Moríos todas o amurallar el barrio y convertirlo en un parque temático del que nunca pagaré la puta entrada.

Yo pensaba que mi gran transgresión, y la que tanta guerra me ha dado de cara a la sociedad, se vería recompensada con el placer que otorga formar parte de una bella y resistente colectividad. Pero no. Resulta que ahí dentro también mis ideas chi-riaban, eran un incordio, algo totalmente prescindible.

Ya casi nunca digo que soy lesbiana, sería por otra parte, faltar a la verdad. Ni siquiera sé si soy «mujer» (por lo visto, y según sus normas, atributo clave para poder ser bollo) y la rigidez del binarismo de los géneros me asfixia sobremanera. Así que si no soy nada que pueda encajar aunque sea con palanca en ninguna de las etiquetas que he ido recibiendo a lo largo de mi vida, entonces, y esa es la pretensión mayoritaria, no soy nadie: debería suicidarme y dejar de dar la lata. Van listxs. Amo esta vida más que nada y la amo un poco más cada vez que alguien trata de amargármela con su bazofia.

Pero no pasa nada, sus ofensas son tan nutricias para mí que finalmente no soy más que un producto de tanto jodido

teatro. Tendrán que joderse porque donde haya una norma, una ley, un protocolo, una moral rígida o una educación al servicio del poder, habrá transgresiones. Siempre las cometerán lxs niñxs, lxs locxs, lxs salvajes y lxs delincuentes, claro. Tampoco estoy haciendo nada nuevo, solo hago mi trabajo.

EL MIEDO AL PLACER NO CATALOGADO  
Y A LAS PRÁCTICAS DESLEGITIMADAS

«El *squirting* es un acto político  
contra el miedo a explotar».

CHIARA SCHIAVON,

*Mi placer se corre como puñales*

«NO SOY MARICÓN». Eso es lo que me dijo un amante cuando, mientras lo tenía encima metiéndomela, le introduje un dedo en el ano. Craso error el mío pensar que sus orificios eran tan funcionales como los míos. Los suyos solo eran canales de expulsión y cualquier inversión en ese orden de circulación le convertía automáticamente en un maricón sin remedio, aunque yo fuera una tía y aunque jamás se hubiera visto atraído por otro hombre. Aquello me dejó algo descolocada, no comprendía en qué sentido un gesto tan inocuo podía transformar la sexualidad de una persona en apenas segundos. En aquel momento pensé que sería una manía suya particular y no le di más vueltas, pero en mis peripecias con los hombres nunca dejé de tener ese terrible problema, su absoluta impenetrabilidad, el hermetismo de sus anos, la cerrazón de sus cabezas.

Víctimas. Ellos son víctimas de sus mutilaciones, y sus sexualidades bien atadas a la práctica normativa les hacen tan desdichados como a las mujeres; aunque en un principio pudiera parecer que en cuestiones sexuales los hombres siempre se han visto favorecidos por la norma, el caso es que sus sexualidades también responden al utilitarismo servil y al capi-

talismo corporal. Lo único que les diferencia de las mujeres en cuanto a represión es que, finalmente, esas normas a seguir fueron creadas por hombres, pero en todo caso nunca por hombres libres. Hay determinadas búsquedas del placer que no aparecen en los libros sobre sexo, ni en las descripciones científico-médicas de la sexualidad humana. Hay formas de sentir deseo que solo figuran en manuales de patologías clínicas sin que haya en ellas ni el más mínimo resquicio de locura.

Hace pocos años, entré en contacto con los lederones<sup>8</sup> de Madrid. Con ellos me di cuenta de que el ano es un lugar no solo sagrado sino de superación personal. Ellos practican el grado superlativo del sexo anal. Si hubiera unas olimpiadas en las que una de las disciplinas fuera la dilatación anal y el uso y disfrute al máximo de este orificio, los lederones se llevarían todas las medallas de oro. El maravilloso mundo de la próstata, territorio prohibido (legal y moralmente) para la gran mayoría de los hombres.

También descubrí hace relativamente poco todo lo que conlleva tener una próstata (todo lo que alguien que carece de ella puede llegar a comprender, claro). Manolo, con su proyecto casi mesiánico de «Hazte un Manolo»<sup>9</sup> es muy claro en sus explicaciones: cualquier persona que tenga una próstata dentro del culo puede tener un orgasmo maravilloso con ella. Cito las palabras que encabezan su blog: «El ejercicio responsable de la libertad amplía la verdad, y a veces la verdad es orgásmicamente subversiva». Evidentemente para llegar a ella hay que entrar en el culo, es su portal, su residencia. Una

---

8.- Cuando digo lederones me refiero principalmente al colectivo de bio-hombres homosexuales que se enmarcan, en sus prácticas o en su estética, dentro del sadomasoquismo. Característico de ellos es la ropa de cuero, militar, deportiva, *skin* y demás códigos. Sus prácticas suelen desarrollarse en lugares semi-privados a los que generalmente no tienen acceso las bio-mujeres ni personas que no sean del «rollo» o no vistan dentro de sus códigos propios.

9.- <http://hazteunmanolo.blogspot.com>

puerta cerrada a cal y canto en base a la peligrosidad del placer de su apertura. Siempre que nos prohíben algo es porque supone un riesgo para el poder establecido y cuando estas prohibiciones se ensartan en nuestro cuerpo abandonamos de inmediato nuestra condición de seres libres, convirtiéndonos en títeres. Este conocimiento sobre el cuerpo masculino me produjo, tras un periodo de digestión, una tristeza suprema por todos los hombres que jamás descubrirán lo que tienen al fondo (no tan al fondo) de sus ojetes, del mismo modo que sentí mucha tristeza cuando supe que millones de mujeres jamás supieron ni sabrán de su clítoris.

Durante la manifestación por la despatologización trans de 2008, Divina Huguet y Teresa Martín me abordaron en la plaza de Sant Jaume para entrevistarme. Estaban en proceso con su proyecto *Transvisibles*<sup>10</sup> sobre transgénero y transexualidad (en el que también participaron Bea Espejo<sup>11</sup>, Miquel Missé y Marina Collell, de la Guerrilla Travolaka<sup>12</sup>) y contactaron conmigo por mi poema "Transfrontera"<sup>13</sup> que fue leído por Verónica Arauzo<sup>14</sup> en el homenaje a Sonia Rescalvo

---

10.- El proyecto *Transvisibles: anoche soñé que Judith Butler era un hombre* puede consultarse y verse en la siguiente dirección:

[www.hydrophone.com/webTrans-visibles/index.html](http://www.hydrophone.com/webTrans-visibles/index.html)

11.- Bea Espejo es activista por los derechos de las prostitutas y lxs transexuales. Ha publicado *Manifiesto Puta*, Bellaterra, Barcelona, 2009. También forma parte del Colectivo de Transexuales de Cataluña ([www.transsexualitat.org](http://www.transsexualitat.org)).

12.- La Guerrilla Travolaka fue un colectivo de lucha transgénero y transexual afincado principalmente en Catalunya, que desarrolló su actividad entre 2006 y 2009 y fue el principal motor del movimiento por la despatologización de las identidades trans. Para saber más: <http://guerrilla-travolaka.blogspot.com/>

13.- El poema "Transfrontera" puede leerse en el capítulo «Poesía pornoterrorista y otros desvaríos» de este libro (Pág. 197).

14.- Verónica Arauzo es activista trans y prostituta. También escribe desde hace años un testimonio divertido y valiosísimo como documentación del oficio de la prostitución en unos textos titulados «Aventuras y desventuras de una puta trans en el extranjero». Estos textos cargados de sentido del humor, realismo y faltas de ortografía (porque a Verónica no le encorsetan la lengua) se pueden leer en la siguiente dirección:

<http://alofresa.blogspot.com/2008/07/aventuras-y-desventuras-de-una-puta.html>



en la Ciutadella<sup>15</sup>. En la mani nos encontramos por casualidad y quisieron entrevistarme allí mismo. La entrevista fue muy interesante<sup>16</sup> (a pesar de mi estado etílico evidente) y para el tema que me ocupa ahora una de las preguntas me ha venido a la mente y aquí la transcribo:

«Ellas: ¿Construye el Estado nuestros cuerpos?»

Yo: Claro que sí, es evidente. Mira, hoy he salido a la calle con una venda [en los pechos] para ver qué tal se siente y bueno... a mí me confunden con un chico muchas veces. Estaba trabajando de carterá hace poco y era un "tú, chaval" constante, cuando vas con una camiseta así que no se te ven los atributos. Claro que el Estado construye nuestros cuerpos. Si tú tienes tetas eres mujer, si tienes el pelo largo eres mujer, si llevas faldita eres mujer. Si haces algo que no esté ahí dentro eres otra cosa, ya no eres una mujer, o por lo menos una mujer deseable por el macho ibérico... Yo qué sé, es que también estamos en un país muy cateto. Y cuando haces como una cosa performativa, el vendarte las tetas, ponerte una barba y salir a la calle te das cuenta de la presión de ser hombre, igual que cuando sales con la faldita, la presión. Claro que construye nuestros cuerpos, de una forma muy simple. El Estado es muy básico y además es que tampoco es el Estado, es la Historia de la Humanidad: mujer tetas culo reproducción abajo, macho grande peludo arriba. Yo no le echaría la culpa de todo al Estado. El Estado es el que lo mantiene».

En aquel momento ebrio llegué a una de las conclusiones más importantes para mi vida y mi trabajo: no podemos echarle la culpa de todo al Estado, es ridículo. El Estado es solo un heredero privilegiado de un trabajo ya hecho. Si

---

15.- Sonia Rescalvo fue una transexual brutalmente asesinada en el parque de la Ciutadella de Barcelona en 1991 por un grupo de fascistas. Gracias a las reacciones de colectivos como el Frente de Liberación Gay de Catalunya (FLGG) el asesinato no quedó impune y los asesinos cumplen sendas condenas. Cada año se celebra en el parque, el 5 de octubre, un homenaje a Sonia.

16.- La entrevista íntegra puede verse en el siguiente enlace:  
<http://pornoterrorismo.com/mira/entrevistas-radio-video-tv/>

manipula nuestros cuerpos es porque la Historia de la Humanidad y la misma naturaleza le han dado las herramientas para ello. Lo más subversivo de la lucha transgénero y transexual<sup>17</sup> no reside en su resistencia a las convenciones sociales ni en su batalla contra las imposiciones legales, médicas o sociales. Es mucho más poderosa la modificación que hacen de patrones estéticos, culturales, sexuales y emocionales avallados por siglos y siglos de rigidez. Han conseguido desestabilizar una de las estructuras más poderosas del sistema, los géneros, y la Teoría Queer en este sentido les debe mucho.

Volviendo a lo del Estado, quiero añadir que solo dándonos cuenta de que el problema quizás está mucho más cerca de lo que pensamos podremos cambiar algo. Si tomamos conciencia de que aquello contra lo que luchamos bien podría estar alojado, cual parásito, dentro de nuestros cuerpos, se consiguen más cosas o por lo menos se consigue luchar desde territorio liberado. Finalmente vivimos sin remedio dentro de estos amasijos de carne y para comenzar cualquier lucha lo primero es vivir en un lugar que nos pertenezca. Detesto a la gente antisistema que se obceca en luchar contra un enemigo tan inmenso mientras sus ojetes siguen cerrados y sus mentes enjauladas en cosas tan terribles como el binarismo.

Cuando una va conociendo mejor su cuerpo y la cantidad de cosas que se pueden hacer con él, simultáneamente se va produciendo también una sensación de espanto por la cantidad de cosas que están prohibidas, que están marginadas o que sencillamente son delito. Descubrir la propia sexualidad es también descubrir hasta qué punto eso que llamamos «nuestro sexo» no nos pertenece en absoluto. Pertenece a la

---

17.- Considero en este punto hacer una aclaración importante: cuando digo «lucha transexual y transgénero» no incluyo a las personas trans cuya única lucha fue para convertirse en personas normales y normativas, no incluyo a lxs que acusan al movimiento por la despatologización de neotransfobia. Tampoco a aquellxs trans que ya están conformes siendo hombres y mujeres heterosexuales, eso no tiene nada de revolucionario.

heteronorma, a la sociedad de consumo, a la Iglesia y al patriarcado, a la pornografía *mainstream*, a la medicina, a las farmacéuticas, a la moda, a (larga enumeración en la que tu nombre no está incluido).

Yo por eso decidí que mi cuerpo y mi sexo tenían que ser míos ya que soy yo la que los alimenta, la que vive con ellos, la que se beneficia de sus placeres y la que sufre sus dolores. Y no es fácil en absoluto hacer en cada instante lo que a una le salga del coño ni lanzarse a experimentar más allá de los límites impuestos. Hay que currárselo. Solo así se puede decir: al menos en mi casa, mando yo. La mitad (y me quedo corta) de las cosas que hago en la cama forman parte de procesos en los que en algún momento he sentido miedo. Miedo inicial por no conocer de qué se trataba lo que estaba sucediendo, porque nunca lo había visto representado ni había oído hablar de ello, miedo porque pudiera ser algo peligroso, fruto de una enfermedad o una malformación y miedo también porque algo tan jodidamente bueno pudiera ser verdad.

La diferencia entre yo y las personas que siguen follando tal y como dicta la norma es que yo he antepuesto el placer y la curiosidad al miedo, superándolo. En estos procesos la segunda fase siempre es la rabia, porque ¿a cuento de qué tiene que venir nadie a mandar en mis bragas? Imaginando la estructura que se arma detrás de la manipulación de las sexualidades de la gente veo un monstruo gigantesco, antiguo, que desde las profundidades de la Historia y la política (que no la naturaleza, porque el ser humano es por naturaleza curioso) manda y ordena, recorta de aquí y de allá, ciega, enmudece y lobotomiza a placer. Y yo, diminuta pero rabiosa, me resisto a su voluntad de titán y aunque solo sea por joder y llevarle la contraria, me corro como una fuente, dejo que mi coño engulla lo que le plazca, como coños, me follo hombres por el culo, me dejo fustigar, me pajeo donde y como quiero, utilizo prótesis y dejo que mi placer fluya y se desparrame por doquier.

Y más allá de ese sentimiento tan infantil de llevar la contraria, me enorgullezco de que mi sexualidad no haya podido ser encarcelada ni blindada por más manos que no sean las que yo he elegido. De hecho, desde esa libertad y la fuerza que me otorga saberme al menos en una cosa libre es desde donde construyo mi lucha.

Obviamente la tercera fase de todo esto es la acción. Una no puede guardarse la rabia y hacer como si nada cuando hay millones de personas que no saben dónde tienen el clítoris o la próstata, que no saben que hay mil formas de follar y que todas son divertidas, sanas y placenteras y que ninguna de ellas merece ser censurada. Y hablo del ámbito que me toca más de cerca, porque si empiezo a pensar en ablaciones, condenas a muerte por homosexualidad, operaciones de «desambiguación» de genitales a bebés intersexuales, y toda la cantidad de crímenes que se cometen a diario contra la sexualidad humana (por supuesto también en nuestro «civilizado» Occidente) entonces mi labor sería mucho más terrorista de lo que es, seguramente andaría armada y no estaría aquí cómodamente en mi mesa escribiendo este libro, o haciendo performances «artísticas» para mostrar que nosotras también eyaculamos, entre otras cosas. Realmente no sé lo que estaría haciendo porque lo que hago es lo único que sé hacer y lo hago lo mejor que puedo. La rabia ni siquiera está bien guardársela cuando todo lo que haya ahí fuera te importe una mierda. Yo siempre pienso qué hubiera sido de mí si hubiese continuado ignorando todo lo que ahora he descubierto por mis propios medios sin que nadie me lo haya puesto precisamente fácil. Seguramente sería una amargada. Así que si te gusta follar libre y te da rabia no haberlo descubierto antes o que te hayan ocultado información valiosa, hazlo con más ganas y no te cortes jamás, esa es una buena acción también.

Ahora quiero hablar sobre algunas prácticas que han sido especialmente marginadas por su alto nivel de subversión. Una de ellas es el *squirting* o eyaculación femenina. Ninguna de estas denominaciones me convence. La voz «*squirt*» en

inglés significa literalmente «chorrito» (primera acepción del *Oxford Spanish Dictionary*). ¿Chorrito? Cómo se nota que los hombres escriben los diccionarios. No podían traducirlo como lo que es, un chorro (*spurt*) de líquido deliciosamente escandaloso, no, tenían que ponerle un diminutivo como siempre que hablan de la sexualidad de las mujeres, para quitarle importancia, para denigrarla a la condición de jugueteo, para convertir nuestros genitales en una nimiedad diminuta. Pues no, hijos de puta, no tengo un conejito, ni un chichi, ni una almejita, tengo una planta carnívora; no me corro a chorritos, soy un jodido géiser; y mi clítoris no es un bultito, es exactamente igual a vuestras pollas pero a mí no se me desfunciona después de un orgasmo (ni de diez).

«Eyaculación» tampoco me gusta demasiado. No creo que sea necesario hablar en términos de sexualidad masculina para describir la femenina, en algunos casos se habla de cosas que no tienen nada que ver. Es muy peligroso identificar la una con la otra porque puede llevar a grandes confusiones. Por eso voy a utilizar la palabra «corrida» que siempre me ha gustado mucho y me ha parecido bastante más salvaje que la palabra eyaculación. Y para hablar de un líquido abundante que sale disparado de una entrepierna se me hace mucho más adecuada que «eyaculación» (quizás porque el agua «corre» por los ríos, no sé).

Me espeluzna la cita con la que Chiara Schiavon<sup>18</sup> comienza su texto *Mi placer se corre como puñales*, que transcribo completo más adelante: «Es innegable que a veces se forma un fluido mucoso en los órganos internos y en la vagina durante el coito, pero esto solo ocurre a las mujeres lascivas o a las que llevan una vida lujuriosa»<sup>19</sup>.

---

18.- Chiara Schiavon es Licenciada en Bellas Artes, artista, activista y vj, italiana residente en España. Forma parte de los colectivos de arte y acción Idea Destroying Muros y Video Arms Idea.

19.- Cita de la Ree's Cyclopaedia 1802-1820, en Bornay, E.: *Las hijas de Lilith*, Arte Cátedra, Madrid, 1990 (2004).

Se trata de una cita de un texto enciclopédico de comienzos del XIX, cuando se supone que la ciencia comenzó a desarrollarse basándose en principios realmente científicos y demostrables y a liberarse de los condicionamientos religiosos, es un texto que surge, como todo el movimiento enciclopedista, con el deseo de llegar a la verdad y bajo el precepto de la razón (qué peligroso es esto). Y en ese texto se está afirmando en realidad que una mujer no puede excitarse sin ser una zorra, que su excitación no es legítima. Un coño mojado es lo mismo que una polla empalmada, en eso estamos todos de acuerdo. ¿Cómo resultaría esa misma afirmación si la pronunciáramos en base a los genitales masculinos? «Es innegable que a veces el pene se llena de sangre, crece en longitud y grosor y se endurece, pero esto solo ocurre a los hombres lascivos o a los que llevan una vida lujuriosa». Tremendo, ¿no? Pues eso es lo que ha sucedido siempre con los genitales femeninos: son monstruosos, dan miedo, un peligro a flor de piel, plantas carnívoras a las que hay que podar para que no se coman a nadie, para quitarles el poder de excitarse y dejarles tan solo el poder de excitar, de ser siempre recipiente del placer ajeno y nunca productoras del suyo propio.

Eliminar competencia, crear miedo a lo desconocido porque conocerlo pone en peligro el estatus patriarcal, apoyar en la ignorancia el peso de algo tan importante socialmente como la sexualidad, eso es lo que ha sucedido con toda esta mierda.

Imaginemos entonces que el tiempo histórico avanza y la ciencia con él, cada vez quedan menos cosas de la anatomía humana por nombrar o estudiar, ya se sabe que el clítoris es el principal órgano originador del orgasmo en la mujer, que es además (aunque esto no sé si se sabe tanto) el único órgano del cuerpo humano cuya única y exclusiva función es el placer, que a diferencia del pene (que también sirve para mear o para la reproducción) no sirve para nada más que para que nos corramos. En este sentido un clítoris es un desafío, un desacato, algo perverso, el hermano pequeño que ha salido raro. Es más, el hecho de que un gran número de

mujeres en el mundo (las que consiguen conservarlo sano y salvo) desconozcan su existencia no es algo fortuito, es producto de una compleja manipulación de la información que acerca de su propio cuerpo reciben las mujeres.

A menudo me pregunto si sabrán nuestras abuelas lo que es un orgasmo y eso me llena de rabia. No creo que haya habido ni un solo hombre adulto en toda la puta historia de la humanidad que se haya muerto sin tener, al menos, una corrida. Esta frase que acabo de escribir me acaba de originar un dolor de huevos terrible: sobre mí, todas las corridas frustradas de todas las mujeres que murieron sin saber liberar su placer, sin poder descargar ni liberar la energía que genera el deseo, histéricas, claro... malditos cerdos.

Una corrida femenina ya no es solo un acto de placer que se desborda más o menos espectacularmente. Se trata de un acto terrorista. De una venganza que arrastra siglos de orgasmos contenidos o que nunca llegaron a llegar. Mi chorro de corrida llega más lejos si pienso en todas ellas, en todas las víctimas de la medicina, de la psiquiatría, del matrimonio y del sistema patriarcal. Y también es muy infantil y muy cómodo y muy feministoide echarle la culpa de todo al patriarcado de los cojones. Si me pongo a reducir, acabaré hablando de hormonas, de células nanoscópicas que determinan quién tiene el poder de someter y quién carece de los medios para rebelarse. Me pondría a hablar de testosterona, la hormona del poder, para decir que si nuestros coños no se han expandido más y mejor, si nuestros coños han sido siempre territorio conquistado y nunca algo conquistable, por lo que hubiera que luchar, ha sido porque básicamente no tenemos los mismos niveles de testosterona en sangre que «ellos», aunque suene reduccionista.

Ahora he de afirmar que resulta que sin la ventaja de la hormona también somos poderosas, solo tenemos que liberar la entropierna y dejarla fluir, dejarla derramarse sobre el mundo, como una plaga apocalíptica, como un virus, como un puto *tsunami*.

En las performances en las que he hecho una demostración de eyaculación después siempre vienen a interrogarme

mujeres intrigadas por lo sucedido. La mayoría preguntan que cómo lo hago, otras tantas (eyaculadoras también) que si no es pis, que si ese charquito que hacen en la cama no es algo de lo que tengan que avergonzarse... Mi respuesta siempre es la misma: de pis nada, nena, te corres a chorros, montas un escándalo en la cama, riegas a tu amante como a un geranio. Es tu derecho y se convierte en tu obligación en el momento en que reconoces que te sientes mal porque sucede.

La técnica para hacerlo nunca la supe explicar bien. Soy buena para contar cómo evitarlo, así descubrí cómo la mayoría de las mujeres lo evitan sin darse cuenta, así puedo decirles qué carajo han de hacer para dejar de evitarlo, para dejarlo correr o incluso para propulsarlo con la fuerza de un ciclón.

Aquí en este momento me remito a la investigación realizada por Chiara Schiavon sobre el tema, porque a mí, sinceramente, siempre me ha preocupado más por qué a las demás no les pasaba lo que en mí ha sido, siempre, una cosa por completo natural (un orgasmo por aspersión).

«*Mi placer se corre como puñales*, de Chiara Schiavon

“Es innegable que a veces se forma un fluido mucoso en los órganos internos y en la vagina durante el coito, pero esto solo ocurre a las mujeres lascivas o a las que llevan una vida lujuriosa” (ver nota 14).

“En un mundo donde el placer pasa por la imagen, esa es la gran mutación» (Roland Barthes, 1980)<sup>20</sup>.

La acción de hacer sexo sigue siendo peligrosa, bandida. Como dijo Valérie Tasso “creo que hoy en día hablar de sexo ha dejado de ser un tabú, el verdadero tabú se ha vuelto el sexo mismo”<sup>21</sup>.

---

20.- Catálogo de la exposición «Claude Cahun» Ed. IVAM, Institut Valencià de Art Modern, Valencia, 2001.

21.- Texto completo en: <http://www.mirorenzaglia.org/?p=4957>



Difícil encontrarse con 30 años descubriendo el *squirting* y no preguntarse por qué alguien no me lo había dicho antes, o por qué pocas mujeres lo saben hacer.

Buscando informaciones sobre lo que es el *squirting* me he encontrado en un desierto, las pocas gotas de saber sobre el tema os las añado aquí abajo, pero tengo que decir que me han dejado muy perpleja.

Este artículo sacado de internet ha sido escrito por Carmen Márquez (a la que personalmente no conozco) el 11 de septiembre de 2007 en el blog "Educa sexo, blog sobre educación sexual"<sup>22</sup>:

"Lo cierto es que existen varias teorías al respecto, pero aún no se puede afirmar sin duda alguna si la humedad que crece en la vagina de la mujer tras alcanzar el clímax se puede considerar o no eyaculación. Y es que no solo existen pocos datos al respecto sino que, encima, algunos son contradictorios entre sí. Teniendo en cuenta esta introducción, hablemos pues de lo que sí sabemos: podemos empezar diciendo que cuando se habla de eyaculación femenina, se refiere a la llegada de líquido a la zona vaginal durante las contracciones que provoca el orgasmo en las mujeres. Este líquido se produce en las glándulas de Skene, que están situadas en la vagina, cerca del lugar donde podemos estimular el punto G. Cuando la mujer está excitada, estas glándulas se llenan de líquido y como con el orgasmo la pelvis se contrae, aprieta los diferentes órganos de la zona (entre ellos a las glándulas de Skene) y se produce el rebosamiento y posterior salida de esa sustancia líquida y lechosa. Generalmente sale en poca cantidad, pero puede ocurrir que sea mucha, debido a que estas glándulas tienen una asombrosa capacidad para vaciarse y llenarse en pocos segundos. Así, por ejemplo, si el orgasmo se prolonga, y las contracciones vaginales son numerosas, se puede segregar una cantidad realmente llamativa. Las actuales investiga-

---

22.- <http://www.educasexo.com/sexo/eyaculacion-femenina-lo-que-si-sabemos-sobre-ella.html>

ciones van dirigidas a descubrir si este líquido expulsado es sobre todo orina, que se escapa por incontinencia o por debilidad de los músculos que la controlan, si es solo la sustancia que segregan las glándulas de Skene, o si es una mezcla de ambas. Otro punto a tener en cuenta es que las glándulas de Skene no funcionan de la misma manera en todas las mujeres, existiendo casos en los que la secreción antes nombrada ni siquiera se produce”.

Otra definición de *squirting* que nos da alguna información más llega de un artículo del periódico *El Mundo* sacado de su página *on-line*, del apartado “Cama redonda”, escrito por Josep Tomás el día dos de abril de 2008<sup>23</sup>.

“[...] El responsable de estas emisiones expelidas por la uretra son las glándulas uretrales, parauretrales y de Skene, que se encuentran en la zona de la pared anterior de la vagina, el consabido punto G. El líquido expulsado, aunque contiene residuos de urea o creatina, no es orina, sino que su principal componente es la glucosa, la fructosa y la fosfatasa ácida prostática, también presentes en el semen masculino. La eyaculación suele producirse durante el orgasmo debido a las contracciones pélvicas derivadas del mismo”.

Después de leer este artículo, que algo me aclaró, me dije “vamos a buscar la definición del fantasmagórico punto G” y me he encontrado con este asombro<sup>24</sup>. Por suerte los de Wiki-

---

23.- <http://www.elmundo.es/elmundo/2008/04/01/camaredonda/1207071483.html>

24.- Aquí cabe recordar que la Wikipedia se ha convertido en una de las primeras fuentes de conocimiento universal, a la que puede acceder casi cualquier persona y que, por tanto, la mierda de información que se vierte en ella es proporcionalmente perjudicial en base a las burradas que diga. Mucha gente piensa que en la Wikipedia reside la «verdad» de muchas cosas, pero basta observar este artículo que copia Chiara para darnos cuenta de que en realidad no hace más que perpetuar el carca sistema binario heterocentrista. Imposible hablar de anatomía femenina sin hablar también de masculina. Es curioso el detalle de la cantidad de veces que aparece la palabra «pene» (5) y las veces que aparece la palabra «vagina» (4), ¡en un artículo sobre genitalidad y sexualidad femenina!

pedia<sup>25</sup> han puesto el aviso de tener cuidado con esta definición porque no tiene referencias científicas... Los comentarios entre paréntesis son míos:

“El punto de Gräfenberg, más conocido como punto G, llamado así en honor a su descubridor<sup>26</sup>, el ginecólogo alemán Ernst Gräfenberg, es una pequeña zona del área genital de las mujeres localizada detrás del hueso púbico y alrededor de la uretra. Es lo mismo que, o parte de, la uretra esponjosa, donde se encuentran las glándulas de Skene.

Se dice que la estimulación del punto G (a través de la pared frontal de la vagina) propicia un orgasmo más vigoroso y satisfactorio, y es posiblemente la causa de la eyaculación femenina. Tal estimulación requiere un empuje en cierto modo opuesto al que se necesita para lograr la máxima excitación clitoral con el pene. (La claridad de esta última frase es estupenda, me estoy haciendo un dibujo para comprenderla, y además, sin pene ¿cómo funciona todo?). Muchos libros sobre sexo aconsejan a las parejas incapaces de lograr el orgasmo femenino el considerar la estimulación del punto G como técnica sexual.

Un creciente número de expertos cree que la razón por la que la estimulación de este área provoca un orgasmo ‘hacia fuera’ e incluso la eyaculación femenina es que el punto G ha evolucionado a un ‘punto disparador’ del parto (es que los expertos aún piensan en términos de mujer = madre, no hay otra, no hay posibilidad de búsqueda del placer a través del coño, independientemente de su destino reproductor). La cabeza del feto empuja este punto durante el parto, lo que parece disparar la última fase de empuje. Esto se traduce, durante la estimulación sexual normal, en una contracción más significativa de la vagina.

---

25.- [http://es.wikipedia.org/wiki/punto\\_G](http://es.wikipedia.org/wiki/punto_G)

26.- Descubridor, suena tan colonialista. Nunca hubo un descubridor de la punta de la polla, los huevos o ni siquiera la próstata. Odio que el cuerpo de la mujer sea tratado como una tierra de conquista, como si nadie hubiera estado antes allí, como si nadie lo hubiera sabido explicar antes. La puta ignorancia es el salvconducto de todos los malditos descubridores.

El punto G puede no ser solamente un punto discreto (¿esto de discreto qué coño es?). De hecho, algunos científicos como Natalie Angier defienden que se trata del conjunto de profundos nervios del clítoris cuando pasan a través de los tejidos para conectar con la columna vertebral. El clítoris tiene profundas raíces y puede cambiar de tamaño y ligeramente de posición a medida que los niveles hormonales cambian en las diferentes etapas de la vida de una mujer (¡esto no lo sabía!).

Un pene curvado hacia arriba tiene la habilidad natural de ejercer mayor presión sobre la pared frontal de la vagina. Si un pene no se curva hacia arriba, entonces pueden ser necesarias diferentes posiciones sexuales. Por ejemplo, un hombre cuyo pene se curve hacia abajo puede hallar que la penetración posterior es más adecuada para estimular el punto G dado que la curva presionará la pared frontal. (Sin pene no hay punto G, no hay penetración, ni orgasmo, ni eyacuación femenina ni hostias, y después aún hay quien tiene el coraje de decir que esto no es una sociedad falocéntrica...).

La estimulación del punto G mediante el uso de un dedo o la lengua es posible gracias a la presión combinada de empujar el clítoris hacia abajo mientras se arquea la lengua o el dedo hacia arriba en un movimiento de llamada. El dedo o la lengua debe estar entre 2,5 y 7,5 centímetros dentro de la vagina para que dé resultado (el sueño de todas: una lengua elástica de 15 centímetros... ¿¡por qué no!?). Sin embargo, cada mujer puede necesitar una forma diferente de estimulación. Se piensa que la estimulación del punto G es más intensa en las mujeres mayores de treinta años, porque los cambios en la estructura de los tejidos del interior de la vagina permiten un acceso más fácil a dicho punto. Algunas mujeres creen por esta razón que en la treintena alcanzan su cúspide sexual.

Punto G masculino<sup>27</sup>: El término punto G se denomina también para la próstata. Esta glándula, exclusivamente mascu-

---

27.- En el artículo sobre la próstata de la Wikipedia en ningún momento se habla de genitales femeninos. Por eso me pregunto yo: ¿qué cojones pinta una explicación sobre la próstata, que de ningún modo necesita identificarse con el punto G porque ya son de sobra conocidas sus funciones, en un artículo sobre el punto G?

lina, se estimula frecuentemente durante las relaciones sexuales homosexuales (claramente el sexo anal en la pareja heterosexual, donde sea la mujer la que penetra es ilegal). La fricción constante del pene con la próstata produce en el hombre pasivo (todavía seguimos con las categorías binarias de recibir-pasividad-sumisión-debilidad/dar-actividad-dominio-poder) un intenso orgasmo de eyaculación involuntaria y fuertes espasmos”.

Después de todo esto me quedo con mi experiencia activa e intentaré explicar a mi manera lo que significa para mí el *squirting*. El *squirting* es el acto de correrse, la eyaculación femenina, pero no simplemente el sentir un orgasmo, sino correrse con una expulsión de flujo vaginal que puede salir con más o menos presión y ser más o menos espectacular por no decir ¡cachondamente escandalosa! Este acto implica un cambio de paradigma, una ruptura con la educación recibida en cuanto a bio-mujeres<sup>28</sup>. Hasta hace algunos meses siempre cuando tenía un orgasmo contraía los músculos vaginales para contenerme, para no dejar salir nada, para no desbordar demasiado. Era un acto instintivo, fruto de tanta educación represora patriarcal heterosexista donde el placer de la mujer no existía sino como premio por la bravura del bio-hombre capaz de hacer gozar, no se contemplaba la libertad y la autonomía de probar placer en la mujer, siempre era el espejo donde el hombre o la pareja (dejando abierta la duda a las parejas homosexuales) veía reflejado su poder. Y por cierto, este poder no podía ser oscurecido por una corrida más espectacular que una eyaculación masculina.

---

28.- Concepto de cuerpo de mujer nacida para repetir la norma secular de cuerpo binario con vagina (el clítoris todavía se ha quedado ilegal por no hablar del ano) en oposición al cuerpo del bio-hombre con polla (el ano está también fuera de la ley). La bio-mujer es educada a la sumisión no consensual y a la costumbre de no desear el poder, y a no tenerlo. Su destino: la reproducción. (Idea desarrollada ampliamente por Beatriz Preciado en su libro *Testo Yonqui*, Espasa, Madrid, 2007).